

-Más felices que encima. Más felices que sus amigos, por ejemplo -y señaló con el índice

-¿A pesar de su odioso trabajo?

-¿Odioso? No lo creen así ellos. Al contrario, les gusta. Es leve y de una simplicidad infantil. No agota la mente ni los músculos. Siete horas y media de un trabajo leve y muy llevadero, y luego, la ración de soma, y deportes y copulación sin trabas y el cine sensible. ¿Qué más pueden pedir? Ciertamente -agregó- que podrían pedir menos horas. Y desde luego podríamos concedérselas. Técnicamente, sería sencillísimo reducir el trabajo de las castas inferiores a tres o cuatro horas al día, pero ¿serían más felices por ello? De ningún modo. Ya se hizo el experimento, hace más de siglo y medio. Irlanda entera se organizó a base de cuatro horas al día. ¿Cuál fue el resultado? revueltas y un aumento en el consumo de *soma*; nada más. Estas tres horas y media suplementarias de ocio estaban tan lejos de ser un manantial de dicha, que las gentes veíanse obligadas a procurarse vacaciones para librarse de ellas. La Oficina de Inventos rebosa de planos de procedimientos para economizar trabajo: a millares...-Mustafá Mond hizo un amplio ademán-. Y ¿por qué? no lo realizamos? Por el bien de los trabajadores; sería pura crueldad al afligirles con un excesivo ocio. Lo mismo ocurre con la agricultura. Podríamos producir por síntesis hasta el último bocado de nuestros alimentos, si quisiéramos. Pero no hacemos tal. Preferimos que un tercio de la población se dedique a los trabajos de la tierra. Y esto en su propio beneficio: sólo porque cuesta más tiempo obtener el alimento de la tierra que de una fábrica. Además, hemos de pensar en nuestra estabilidad. No queremos cambiar. Cada cambio es una amenaza a la estabilidad. Ésta es otra razón por la que estamos tan poco inclinados a aplicar invenciones nuevas. Cada descubrimiento de ciencia pura es potencialmente subversivo; hasta la ciencia ha de ser tratada como un posible enemigo. Sí, hasta la ciencia.

¿La ciencia? El Salvaje frunció el ceño. Conocía la palabra. Pero no podría decir lo que significaba exactamente. Shakespeare y los ancianos del pueblo nunca la habían mencionado, y de Linda solamente había recogido vagas indicaciones: la ciencia era algo con lo que se construían helicópteros, algo que os hace reír de las Danzas del Maíz, algo que os preserva de estar enfermo y de que se os caigan los dientes. Hizo un desesperado esfuerzo para comprender lo que quería decir.

-Si -proseguía Mustafá Mond-, ese es otro cargo en el costo de la estabilidad. No es solamente el arte lo incompatible con la dicha, sino también la ciencia. La ciencia es peligrosa; hemos de tenerla cuidadosamente encadenada y amordazada.

-¿Cómo? dijo Helmholtz pasmado -¿Pero si siempre estamos diciendo que la ciencia lo es todo! Es un lugar común hipnopédico.

-Tres veces por semana, desde los trece a los diecisiete años -apoyó Bernard.

-Y toda la propaganda científica que realizamos en la Escuela...

-Sí; pero ¿qué ciencia? -preguntó Mustafá Mond sarcásticamente-. Ustedes no han recibido cultura científica, así que no pueden juzgar. Yo era un físico bastante bueno en mi tiempo. Bastante bueno, lo bastante bueno para comprender que toda nuestra ciencia es ni más ni menos que un libro de cocina, con una ortodoxa teoría del cocinado, que nadie tiene el derecho de poner en duda, y una lista de recetas a las que nada se puede añadir, salvo con especial permiso del Cocinero Mayor. Yo soy ahora el Cocinero Mayor. Pero fui también un galopín curiosillo. Me dio también por cocinar un poco a mi manera. Cocinar heterodoxo, cocinar ilícito. Un poco de verdadera ciencia en suma.

Calló

-Y ¿qué pasó? preguntó Helmholtz Watson.

Suspiró el Inspector.

-Poco más o menos lo que les va a pasar a ustedes, muchachos.

Estuve a punto de que me enviaran a una isla.

Tales palabras galvanizaron a Bernard, produciéndole una violenta y extemporánea actividad.

-¿Mandarme a una isla?

Se puso en pie de un bote, cruzó corriendo el cuarto y detuvo gesticulando ante el Inspector:

-No es posible. No he hecho nada. Fueron los otros. Juro que fueron los otros -y señaló acusadoramente a Helmholtz y el Salvaje-. ¡Oh, se lo ruego, no me mande a Islandia. Le prometo no hacer más que lo que tenga que hacer. Concédame otra oportunidad. Concédame otra oportunidad, por favor -comenzaron a afluirle las lágrimas-. Es culpa suya, nada más que suya -sollozaba-. A Islandia no, su Fordería; a Islandia, no...

Y en un paroxismo de rastrera abyección, arrodillóse ante el Inspector. Mustafá Mond intentó levantarse, pero Bernard persistía en su ahinamiento; su flujo de palabras corría inagotablemente. Al fin el Inspector tuvo que llamar a su cuarto secretario.

-Traiga tres hombres y llévese a míster Marx a un dormitorio. Denle una buena vaporización de *soma* y déjenlo acostado.

El cuarto Secretario salió y volvió con tres lacayos gemelos, uniformados de verde. Se llevaron a Bernard aún sollozando y chillando.

-Cualquiera diría que le iban a cortar el pescuezo -dijo el Inspector, al cerrarse la puerta-. Si tuviese un poco de sentido, comprendería que su castigo es en realidad un premio. Le mandan a una isla. Es decir, le mandan a un lugar donde hallará la compañía de los hombres y mujeres más interesantes que podría encontrar en todo el mundo. Cuantas personas que, por una u otra causa han alcanzado demasiada personalidad para poder adaptarse a la vida en común. Cuantas personas no están conformes con la ortodoxia. Cuantas tienen ideas propias. Cuantas, en una palabra, son alguien. Casi les envidio, míster Watson.

Helmholtz se echó a reír.

-¿Por qué, entonces, no está usted también en una isla?

-Porque, a fin de cuentas, prefiero esto -respondió el Inspector.

Se me dio a escoger: enviarme a una isla, donde hubiese podido continuar mis estudios



de ciencia pura, o entrar en el Consejo de Inspectores, con la perspectiva de llegar con el tiempo a un Inspectorado. Escogí éste y dejé la ciencia

Tras una breve pausa:

-A veces -agregó- me da por añorar la ciencia. La felicidad es un dueño tiránico, sobre todo la felicidad de los demás. Un dueño mucho más tiránico, si no se está acondicionado para aceptar incuestionablemente nada, salvo la verdad.

Suspiró cayó de nuevo en el silencio y continuó luego en un tono más animado:

-En fin, el deber es el deber. No se pueden consultar los propios gustos. Me interesa la verdad, amo la ciencia. Pero la verdad es una amenaza y la ciencia un peligro público. Tan peligrosa cuanto fue benéfica. Nos ha dado el más estable equilibrio de la historia. El de China en comparación, era desesperadamente inseguro; aun los primitivos matriarcados no eran más seguros que nosotros. Gracias, repito, a la ciencia. Pero no podemos permitir a la ciencia deshacer su propia, excelente obra. Por eso limitamos tan cuidadosamente el campo de sus investigaciones, por eso estuve a punto de ser mandado a una isla. No le permitimos ocuparse más que en los problemas más inmediatos del momento. Todas las demás investigaciones se evitan constantemente. Es curioso -prosiguió tras una breve pausa- leer lo que se escribía en tiempo de Nuestro Ford acerca del progreso científico, Parecían haber imaginado que proseguiría indefinidamente, sin tener en cuenta ninguna otra cosa. El saber era el más alto bien; la verdad, el valor supremo; todo lo demás era secundario y subordinado. Cierto que las ideas comenzaban a cambiar por entonces. Nuestro Ford mismo hizo mucho por quitar prestigio a la verdad y la belleza y dárselo al confort y la felicidad. La producción en masa exigía este cambio. La felicidad universal conserva los engranajes funcionando con regularidad; la verdad y la belleza, no. Y desde luego, siempre que las masas obtenían el poder político, era la felicidad, más bien que la verdad y la belleza, lo que interesaba. Pero, a pesar de todo, se permitían aún las investigaciones científicas sin restricciones, continuábase hablando de la verdad y la belleza como si fueran los soberanos bienes. Así siguió hasta la Guerra de los Nueve años. Ésta hizo cambiar de tono. ¿Con qué se comen la belleza o el saber cuando las bombas de ántrax estallan a vuestro alrededor? Fue entonces cuando, por primera vez, la ciencia comenzó a ser vigilada: tras la Guerra de los Nueve años. Las gentes estaban dispuestas hasta a que se les vigilasen sus apetitos. Cualquier cosa a cambio de vivir tranquilos. Siempre hemos vigilado desde entonces. Claro es que esto no ha sido muy bueno que digamos para la verdad. Pero sí para la felicidad. Todo tiene su precio. La felicidad había que pagarla. Usted la paga, míster Watson, la paga porque le interesa demasiado la belleza. Yo, que me interesaba mucho por la verdad, también la he pagado.

-Pero usted no fue a una isla -dijo el Salvaje, rompiendo un largo silencio.

Sonrió el Inspector.

-Así es como lo he pagado. Escogiendo servir a la felicidad. La de los otros, no la mía. Es una suerte -agregó tras una pausa- que haya en el mundo una porción de islas. No sé qué haríamos sin ellas. Les meteríamos a ustedes en la cámara asfixiante, creo. A propósito, míster Watson, ¿le gustaría un clima tropical? ¿Las Marquesas, por ejemplo, o Samoa? ¿O bien algo más vivificante?

Helmholtz alzóse de su sillón neumático.

-Preferiría un clima malo -respondió-. Me parece que podría escribir mejor si el clima fuera malo. Si hay en abundancia vientos y tempestades, por ejemplo... El Inspector aprobó con un signo de cabeza.

-Me gusta su temple míster Watson. Mucho, en verdad. Tanto como oficialmente le desapruedo.

Sonrió

-¿Qué tal las islas Falkland?

-Sí, creo que servirán -respondió Helmholtz-. Y ahora, si no le parece mal, iré a ver cómo anda el pobre Bernard.

## CAPÍTULO XVII

-Arte, ciencia... Me parece que habrá pagado muy cara su felicidad -dijo el Salvaje, cuando se quedaron solos-. ¿Algo más aún?

-Sí, la religión ni qué decir tiene -replicó el Inspector-. Había antes algo que se llamaba Dios, antes de la Guerra de los Nueve Años. Pero, me olvidaba, supongo que sabe usted lo que es Dios.

-La verdad....-El Salvaje titubeaba. Hubiese querido decir algo acerca de la soledad, acerca de la noche, acerca de la mesa yaciendo lívida bajo la luna, del precipicio, de la buceada en las sombras tinieblas, de la muerte. Hubiese querido hablar, pero le faltaron palabras. Ni aun en Shakespeare.

El Inspector, entre tanto, había atravesado la habitación y abría una gran caja de caudales empotrada en el muro entre estantes de libros. La pesada puerta se abrió. Rebuscando en la oscuridad de la caja:

-He aquí algo -dijo- que me ha interesado siempre mucho -Sacó un grueso volumen negro-. No habrá leído esto nunca, me parece.

El Salvaje cogiólo.

-La Santa Biblia, que contiene el Antiguo y el Nuevo Testamento, -leyó en voz alta en la portada.

-Ni éste.

Era un librito, que había perdido la cubierta: La Imitación de Cristo.

-Ni éste.

Y también otro volumen: *Las Variedades de la Experiencia Religiosa* por William James.



-Y tengo aún muchos más -continuó Mustafá Mond volviendo a su silla - Toda una colección de libros pornográficos. Dios. en la caja y Ford en los anaqueles

Y señaló riendo su biblioteca oficial, los anaqueles de libros, los bastidores llenos de bobinas de máquinas de leer y de rollos de impresión sonora.

-Pero, si sabe usted de Dios, ¿por qué no les habla de él? -preguntó indignado el Salvaje-. ¿Por qué no les da estos libros sobre Dios?

-Por la misma razón que no les damos Otelo: son viejos; hablan de Dios como hace cientos de años. No como es ahora.

-Pero Dios no cambia.

-Pero los hombres, sí.

¿Y qué importa eso?

-Todo un mundo de diferencia -dijo Mustafá Mond-. Se levantó otra vez y fuése a la caja. Había un hombre que se llamaba el Cardenal Newman -dijo-: un Cardenal -explicó entre paréntesis- es una especie de Archichantre.

-Yo, Pandulfo, Cardenal de Milán la bella...<sup>1</sup> He leído algo de esto en Shakespeare.

-Seguramente. Bueno, como iba diciendo, había un hombre llamado el cardenal Newman. ¡Ah aquí está el libro! -Le sacó- Y ya que estoy sobre esto, voy a coger este otro también. Es de uno que se llamaba Maine de Biran. Era un filósofo, si es que sabe usted lo que esto era.

-Un hombre que sueña menos cosas que existen en el cielo y la tierra<sup>2</sup> -dijo prontamente el Salvaje.

-Muy bien. Dentro de un momento leeré una de las cosas que soñó. Entre tanto, escuche lo que dice este viejo Archichantre. -Abrió el libro por un lugar señalado con una tira de papel y empezó a leer-: "No somos más nuestros que nuestro es lo que poseemos. No habiéndonos nosotros hecho a nosotros mismos, no podemos tener potestad suprema sobre nosotros mismos. No somos nuestros dueños. Somos propiedad de Dios. ¿No consiste nuestra felicidad en mirar las cosas de este modo? ¿Es, desde cualquier punto que se mire, una dicha o un consuelo considerar que somos nuestros dueños? Pueden pensar tal los jóvenes y los afortunados. Estos pueden creer que es una gran cosa poder ordenarlo todo a su gusto, no depender de nadie, como ellos suponen, no tener que pensar en nada que no se vea, verse libre del fastidio del continuo reconocimiento, de la continua plegaria, del continuo recordatorio de que han de hacer la voluntad de otro. Pero conforme el tiempo pasa, ellos, como todos los demás hombres, hallan que la independencia no se hizo para el hombre,

1 King John. II.1.

2 There are more things in heaven and earth.  
Than are dreamt of in your philosophy  
(Hamlet I, 5)

que es un estado antinatural, que puede satisfacer durante algún tiempo, pero que no nos lleva seguros, hasta el fin..." -Mustafá Mond detúvose, dejó el primer libro y, cogiendo el otro, hojeólo-. Esto, por ejemplo -dijo, y con voz profunda volvió a leer-: "Envejece el hombre; percibe un sentimiento radical de flaqueza, de cansancio, de malestar, que acompaña al avance de la edad; y, al sentirse, así, se cree enfermo, adormece sus temores pensando que aquel penoso estado se debe a una causa determinada, de la que, cual dé una enfermedad, espera curarse. ¡Vanas imaginaciones! La enfermedad es la vejez; y es bien desagradable. Dícese que es el miedo a la muerte y de lo que vendrá después el que vuelve religiosos a los hombres conforme entran en años. Pero mi propia experiencia me ha llevado a la convicción de que, completamente aparte de toda clase de terrores e imaginaciones, el sentimiento religioso tiende a desarrollarse, conforme vamos para viejos, a causa de que, calmadas las pasiones, la imaginación y la sensibilidad menos excitadas y excitables, la razón está menos turbada en sus funciones, menos oscurecida por imágenes, deseos y distracciones que de continuo, le absorbían; entonces Dios surge como de detrás de una nube; nuestra alma siente, ve, tiende hacia la fuente de toda luz; natural e inevitablemente; pues ahora que todo cuanto da vida y encanto al mundo de las sensaciones ha comenzado a huir de nosotros; ahora que la existencia fenoménica no está mantenida por las impresiones internas y externas, sentimos la necesidad de apoyarnos sobre algo que permanezca y que no nos engañe, una realidad, una absoluta y eterna verdad. Sí, volvemos inevitablemente a Dios; pues este sentimiento religioso es de índole tan pura, tan delicioso para el alma que la experimenta, que nos compensa de todas las demás pérdidas..." -Mustafá Mond cerró el libro y se recostó en su sillón-. Una de las muchas cosas del cielo y de la tierra sobre las que estos filósofos no soñaron fue esto (movió su mano): nosotros, el mundo moderno. "Sólo se puede ser independiente de Dios mientras se es joven y afortunado; la independencia no nos lleva, seguros, al fin". Bueno, pues nosotros tenemos juventud y fortuna hasta el fin. ¿Qué se deduce? Evidentemente, que podemos ser independientes de Dios. "El sentimiento religioso nos compensa de todas las demás pérdidas." Pero es que nosotros no tenemos pérdidas que compensar, el sentimiento religioso es superfluo. Y ¿para qué buscar un sucedáneo de los deseos juveniles, cuando los deseos juveniles no nos faltan? ¿Ni un sucedáneo de distracciones, cuando seguimos gozando de todas las antiguas bagatelas hasta el fin? ¿Qué necesidad tenemos de reposo, si nuestras almas y nuestros cuerpos continúan deleitándose con la actividad? ¿ni de consuelos, cuando tenemos el soma. ¿Ni de algo inmutable, cuando existe el orden social?

-¿Creen entonces que no hay Dios?

-No; creo que muy probablemente lo hay.

-¿Por qué, entonces...?

Mustafá Mond le detuvo.

-Pero se manifiesta de diversas maneras a los diversos hombres. En los tiempos premodernos se manifestaba como el ser que se describe en estos libros. Ahora...

-¿Cómo se manifiesta ahora? -preguntó el Salvaje.

-Bien; se manifiesta como una ausencia: como si no existiese en absoluto.

-Culpa de ustedes.

-Diga culpa de la civilización. Dios no es compatible con las máquinas y la medicina científica y la felicidad universal. Hay que escoger. Nuestra civilización ha escogido las máquinas



y la medicina y la felicidad. Por eso tengo que guardar estos libros encerrados en la caja de caudales. Son pura inmundicia. La gente se escandalizaría si...

El Salvaje le interrumpió:

-¿Pero no es *natural* sentir que hay Dios?

-Lo mismo podría usted preguntar si es natural cerrar pantalones con cremallera -dijo el Inspector sarcásticamente-. Me recuerda otro de los antiguos, llamado Bradley. Definía la filosofía como la invención de una mala razón para lo que creemos por instinto. ¡Como si se creyese nada por instinto! Uno cree las cosas porque ha sido acondicionado para creerlas. Inventar malas razones para lo que se cree por otras malas razones: tal es la filosofía. La gente cree en Dios porque ha sido acondicionada para creer en Dios.

-Pero, a pesar de los pesares -insistió el Salvaje-, es natural creer en Dios cuando estamos solos, completamente solos, de noche, pensando en la muerte...

-Pero nadie está nunca solo ahora -dijo Mustafá Mond-. Les hacemos odiar la soledad; y disponemos sus vidas de suerte que les sea casi imposible lograrla.

El Salvaje asintió tristemente con la cabeza. En Malpaís, había sufrido al verse excluido de las comunes actividades del pueblo; en el civilizado Londres sufría por no poder librarse de esas comunes actividades, ni estar tranquilamente solo.

-¿Se acuerda de aquel pasaje del *Rey Lear*? -dijo por último el Salvaje-. "Los dioses son justos, y de nuestros agradables vicios hacen instrumentos para atormentarnos; el lugar corrompido y sombrío donde te concibió, cuéstale los ojos"; y Edmundo responde, como recordará, malherido, agonizante: "Bien dicho; es verdad. La rueda ha dado toda la vuelta; y aquí estoy." ¿Qué me dice ahora? ¿No parece, según eso, que hay un Dios dirigiendo las cosas, castigando, premiando?

-¿Sí, eh? -preguntó el Inspector a su vez-. Puede entregarse a cuantos agradables vicios quiera con una neutra, sin correr el riesgo de que le saque los ojos la querida de su hijo. "La rueda ha dado la vuelta; y aquí estoy." Pero ¿dónde estaría Edmundo en nuestros días? Sentado en un sillón neumático, el brazo alrededor del talle de una chica, chupando su goma de mascar de hormona sexual, en un cisne sensible. Los dioses son justos. Sin duda. Pero su código de leyes se dicta, en última instancia, por las gentes que organizan la sociedad; la Providencia recibe órdenes de los hombres.

-¿Está seguro? -preguntó el Salvaje-. ¿Está bien seguro de que el Edmundo del sillón neumático no ha sido tan duramente castigado como el Edmundo ensangrentado y herido de muerte? Los dioses son justos. ¿No habrán hecho uso de sus agradables vicios para degradarle?

-¿Degradarle de qué? Como ciudadano feliz, trabajador y buen consumidor, es perfecto. Claro está, si escoge usted otras normas diferentes de las nuestras, quizá pueda decir que está degradado. Pero hay que atenerse a una serie de postulados. No se puede jugar al Golf Electromagnético siguiendo las reglas de la Pelota Centrífuga.

-No reside el valor en el capricho -particular -dijo el Salvaje-. La dignidad y estima - conserva igual en donde era preciosa como en la tienda de quien la cautiva.<sup>1</sup>

-Vaya, vaya -protestó Mustafá Mond-; eso es ir demasiado lejos, ¿no le parece?

-Si se permitieran pensar en Dios, no se dejarían degradar por agradables vicios. Tendrían una razón para llevar las cosas con paciencia y para ejecutarlas con valor. Yo lo he visto en los Indios.

-Estoy seguro de ello -dijo Mustafá Mond-. Pero nosotros no somos Indios. Un hombre civilizado no tiene ninguna necesidad de soportar nada que sea realmente desagradable. Y en cuanto a hacer las cosas, ¡Ford le libre de que tal idea se le pase por la cabeza! Se trastornaría todo el orden social si los hombres se pusiesen a hacer cosas por su cuenta y riesgo.

-¿Y el renunciamento? Si tuvieran un Dios, tendrían una razón para el renunciamento.

-Pero la civilización industrial es sólo posible cuando no hay renunciamento. El goce hasta los límites que impone la higiene y la economía. Sin esto, el mecanismo cesa de funcionar.

-¡Había una razón para la castidad! -dijo el Salvaje, enrojando un poco al pronunciar estas palabras.

-Pero castidad significa pasión, castidad significa neurastenia. Y pasión y neurastenia significan inestabilidad. E inestabilidad significa el fin de la civilización. No puede haber una civilización duradera sin abundancia de agradables vicios.

-Pero Dios es la razón de ser de todo lo noble y hermoso y heroico. ¡Si tuviesen un Dios..!

-Mi joven y querido amigo -dijo Mustafá Mond-, la civilización no tiene en absoluto necesidad de nobleza ni de heroísmo. Ambas cosas son síntomas de ineficacia política. En una sociedad bien organizada como la nuestra, nadie tendrá ocasión de ser noble ni heroico. Es preciso que las circunstancias se hagan fundamentalmente inestables para que tal ocasión pueda surgir. Donde hay guerras, donde hay juramentos de fidelidad, donde hay tentaciones que resistir, donde hay objetos de amor por qué luchar, o qué defender, allí, naturalmente, nobleza y heroísmo tienen una explicación. Pero hoy ya no hay guerras. Se tiene el mayor cuidado de preservarse de amar a nadie demasiado. No hay juramentos de fidelidad; está uno acondicionado de tal suerte que no puede dejar de hacer lo que tiene que hacer. Y lo que tiene que hacer es, en conjunto, tan agradable, tantos impulsos naturales se dejan manifestar libremente, que no hay en realidad tentaciones que resistir. Y si, por una desgraciada causalidad, le pasa a uno algo desagradable, siempre queda el *soma* que le permite evadirse de la realidad. Siempre queda el *soma* para calmar su cólera, para reconciliarle a uno con sus enemigos, para volverle paciente y sufrido. Antaño, sólo podían lograrse estas cosas realizando un gran esfuerzo y tras años y años de disciplina moral. Ahora se traga uno, dos o tres tabletas de medio gramo, y se acabó. Todos pueden ser buenos ahora. Pueden llevar consigo, en un frasquito, la mitad cuando menos de su moralidad. Cristianismo sin lágrimas, tal es el *soma*.

<sup>1</sup> But value dwells not in particular will.

It holds his estimate and dignity

As well where 'tis precious in itself

As in the prize

(Troilus and Cressida. II.7.)